

bertad, y atraído por las malas compañías, llegó á extrañarse, y se distinguió tanto por la enormidad de sus hechos, que una cuadrilla de foragidos le eligió por su capitán.

Después de algunos años, ocurrió al santo apóstol motivo de pasar otra vez por aquellos parages. Fué á ver al obispo y le preguntó por la oveja que le habia recomendado. Avergonzado este, confesó que por su omision habia huido de su rebaño, y andaba descarriada en los montes vecinos.

Entonces San Juan manifestó su dolor con los mayores extremos: olvidando su mucha edad, montó á caballo para irle á buscar; y lo hizo con tanta solicitud y actividad, que logró encontrarle.

Luego que le vió el capitán se llenó de confusion, y echó á huir. Siguióle el santo, gritándole: “Detente, hijo mio, detente; no huyas del que te busca para sacarte del camino de la perdicion; aun si quieres te puedes salvar. Acuérdate de que nuestro Dios es el padre de las misericordias, ni pierdas la esperanza de que este piadoso Señor te perdone tus culpas, porque yo mismo seré tu fiador, y aun daré la vida por tí, si fuese necesario.”

Al oír tan cariñosas expresiones, se detuvo, en fin, y arrojándose á los piés del apóstol, le dijo: “La enormidad de mis pecados no merece mas que el infierno.” San Juan, viéndole arrepentido, lo abrazó tiernamente y lo dispuso á recibir la absolucion. Este hombre desde entonces fué un dechado de virtud.

P. ¿Cómo murió Santiago el Menor?

R. Habiendo gobernado la Iglesia de Jerusalén cerca de veintiocho años con un celo verdaderamente apostólico,

fué precipitado por los judíos desde lo alto del templo, y como no muriese en el acto, un batanero le dió en la cabeza un golpe de mazo con que le acabó de matar. Antes de él habia pedido á Dios por los que le martirizaban.

P. ¿Hubo alguno de los apóstoles que no muriese mártir?

R. Ninguno: todos sellaron con su sangre la fé que predicaron. San Simon y San Júdas, después de haber corrido dilatados países predicando el Evangelio por espacio de treinta años, sufrieron en Persia el martirio, muriendo San Simon aserrado, y San Júdas abierta la cabeza de un golpe de hacha.

San Bartolomé terminó su predicacion y su vida en la Armenia Mayor, siendo desollado vivo y cortándosele después la cabeza.

Santo Tomás murió en la India Oriental atravesado de flechas y de dardos, después de haber predicado el Evangelio por largos años á los parthos, los medos, los persas, los hircanos, y los bactrianos.

San Andrés, hermano de San Pedro, fué crucificado en Acaya, después de haber dado las mas brillantes pruebas de su fé y su piedad, ya sosteniendo contra las invectivas y blasfemias del tirano, la pureza y dignidad de la religion cristiana, ya saludando con las expresiones mas significativas de su amor y su alegría, la cruz en que iba á ser clavado, y ya, por último, predicando sobre ella á los circunstantes el Evangelio Santo por espacio de dos dias que tardó en dar el último aliento.

San Mateo, después de haber predicado en la Etiopia y convertido un prodigioso número de idólatras, fué inmo-

lado á golpes de hacha en el mismo altar en que celebraba el santo sacrificio de la misa.

San Felipe fué coronado del martirio en Hierápolis, amarrado á una cruz y desgarrado todo su cuerpo con peines de hierro, despues de haber convertido muchos pueblos y destruido gran parte de los templos en que la idolatría tributaba sus cultos al demonio.

Finalmente, San Matías murió apedreado por disposicion de los magistrados de Judéa; y aunque San Juan Evangelista no murió en el martirio, hemos visto ya que lo padeció y que fué desterrado á la isla de Patmos.

P. ¿Qué se infiere del valor y la generosidad con que todos los apóstoles derramaron su sangre y dieron su vida por la fé de Cristo que predicaban?

R. Es un testimonio irrefragable y de un peso incalculable de la realidad y verdad de lo que habian visto con sus ojos, oido con sus oídos, y tocado con sus manos, y entendido y sabido con la luz inefable del Espíritu Santo; es á saber, de todo lo que el Evangelio nos refiere del Hijo de Dios hecho hombre, de sus misterios, de su predicacion, de sus milagros, de su santidad, del cumplimiento de todas las profecías en su sagrada persona, y de cuanto abraza la obra de la redencion, y el establecimiento de la Iglesia bajo la religion del Crucificado.

P. ¿Qué agitaciones comenzó á sufrir la naciente Iglesia de parte de los genios díscolos y propensos al cisma y la heregía, y de parte tambien de los gentiles?

R. En tiempo aún de los apóstoles hubo una gran conmocion excitada por algunos de los judíos nuevamente convertidos á Cristo; pero que adictos todavía á la ley de Moisés, pretendian que los gentiles convertidos á la

fé debian circuncidarse y guardar las otras observancias de aquella ley, diciendo que sin esto no se podian salvar. Esto dió ocasion al primer concilio que se celebró en la Iglesia, y fué tenido en Jerusalem, donde estaban los apóstoles San Pedro, Santiago y San Juan, y adonde vinieron San Pablo y San Bernabé para consultarles sobre este asunto. Los cinco apóstoles y los sacerdotes de aquella iglesia se reunieron para examinar y resolver la cuestion. Discutióse esta largamente: hablaron en ella San Pedro y Santiago el Menor con la dignidad y sabiduría propias de tan grandes apóstoles: escuchóse á S. Pablo y S. Bernabé que referian las maravillas que Dios habia obrado por medio de ellos en favor de los gentiles convertidos, y decidióse, en fin, que no se impusiese á los gentiles la carga de la circuncision ni otra alguna, mas que la de abstenerse de las viandas de carnes inmoladas á los ídolos, para que no comunicasen de la idolatría, con algunas otras reglas que miraban á preservarlos de la impureza y de la crueldad, tan ajenas del nombre cristiano. Este primer concilio fué la norma y el ejemplo de todos los que ha celebrado y celebra la Iglesia: establecióse su autoridad para decidir sobre puntos de fé y de moral: púsose en accion la sábia y autorizada discusion de los pastores de la Iglesia: designóse la fuente de las Sagradas Escrituras, de donde habian de tomarse por los padres los fundamentos de una decision conciliar: presidióse la junta y dirigióse el acto por el Príncipe de los Apóstoles en virtud del *primado*; finalmente, se escribió la decision canónica y se remitió á las iglesias para su observancia, que estaban obligadas á prestar con sumisa obediencia. Todo esto se ha observado y se observa siempre en los santos concilios.

La otra agitacion que sobrevino á la Iglesia de parte de los gentiles, fué la que excitó el impío, cruel y frenético Neron, emperador de Roma. Habia ya sufrido mucho la Iglesia de parte de los judíos y de los paganos; mas no tan generalmente como en esta persecucion de Neron, que por esto se cuenta como *la primera*. Este tirano, que por el abismo de error, torpeza é inhumanidad en que estaba sumergido, aborrecia de muerte á los cristianos, dió él mismo el pretexto de que se valió para excitar la persecucion, pues habiendo hecho incendiar por muchas partes la ciudad de Roma, con el loco intento de reedificarla despues con gran magnificencia, atribuyó aquel crimen á los cristianos. A consecuencia de esta atroz calumnia, hizo prender un gran número de ellos, y los entregó á la muerte, no contentándose con los suplicios ordinarios, sino poniendo en ejecucion tormentos horribles, tales como los de exponerlos, cubiertos de pieles, al furor de los perros que los despedazaban; y vestir á otros muchos de camisas ó túnicas embreadas, y atados con cadenas á los postes, pegarles fuego por la noche para que iluminasen sus jardines, en los que él se paseaba y conducia sus carros. En esta persecucion fué en la que terminaron su vida San Pedro y San Pablo con la corona del martirio: sucedió en el año sesenta y nueve de Cristo, y se generalizó en el imperio.

P. ¿Qué grande acontecimiento contribuyó á que los pueblos gentiles abrazasen por aquel tiempo con mas anhelo la religion cristiana?

R. El castigo tremendo que la Justicia Divina dió á la obstinada Jerusalem. Era preciso que viniese sobre ella toda la sangre de los justos, que habia vertido, como dijo el Salvador; pero mas que ella, la sangre inestimable del

Santo de los santos con que regó sus calles y que echó sobre sí cuando con voz tumultuosa dijo: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.”

A un castigo tan ejemplar, á un suceso tan espantoso, era preciso que precedieran signos aterradores, y estos se vieron con efecto aun muchos años antes, como lo atestigua la tradicion de los mismos judíos. Desde la muerte misma de Jesucristo no cesaban de verse en el templo cosas extrañas y asombrosas: todos los dias aparecian nuevos prodigios; tanto, que un famoso rabino exclamó un dia: “¡Oh templo! ¡oh templo! ¡qué es lo que te conmueve, y por qué te asustas tú mismo?” El dia de Pentecostés se oyó un ruido horroroso en el Santuario, y del fondo de él salió una voz que dijo: *¡Salgamos de aquí! ¡Salgamos de aquí!* ¡Y qué era esto, sino el cumplimiento de aquella profecía que hemos notado antes, y en que se declaraba que el Señor abandonaba aquel lugar y lo reprobaba por querer obstinadamente que subsistiera opuesto al nuevo templo y nuevo altar, que es Cristo en medio de su Iglesia?

Cuatro años antes de la guerra en que Jerusalem fué destruida, vióse un nuevo presagio que se manifestó á todo el pueblo. Un hombre del campo, llamado Jesus, que habia venido á la fiesta de los Tabernáculos, cuando la ciudad estaba todavía en profunda paz, comenzó de repente á gritar: “¡Ay de la ciudad, ay del templo! Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos: ay del templo, ay de Jerusalem!” Ni de dia ni de noche cesaba de correr por la ciudad, repitiendo la misma amenaza; y así continuó por el largo espacio de siete años, sin que los magistrados ni el gobernador romano pudiesen conseguir que callase, aun haciéndole azotar cruelmente con

varas, en cuyo castigo ni pedia misericordia, ni derramaba una lágrima, ni se enronquecía su voz, ni dejaba de repetir su lamento. Cuando ya estaba la ciudad sitiada, daba vueltas al muro, gritando con todas sus fuerzas: “¡Ay del templo, ay de Jerusalen, ay del pueblo!” Y al fin añadió un día: “¡Ay de mí mismo!”..... y al punto fué muerto por una piedra, arrojada de una máquina de los sitiadores.

P. Réferidnos circunstanciadamente la ruina de Jerusalen.

R. Los judíos mismos, para que se cumpliese el decreto divino de su castigo, dieron la ocasión, rebelándose contra los romanos, y éstos enviaron á Vespasiano con numeroso ejército para someterlos de nuevo á su dominio. El general romano partió de Antioquía con Agripa, y avanzó sobre Ptolemaida, donde se le reunió su hijo Tito. Su ejército constaba de sesenta mil hombres, fuerza en sí no despreciable, pero desproporcionada para sitiar una ciudad tan grande como Jerusalen, que encerraba mas de un millon y doscientos mil habitantes. Vespasiano entró en Galilea y se apoderó de sus plazas, tomando unas á viva fuerza y rindiéndosele otras.

Entre tanto, Jerusalen, dividida en facciones, se destruía á sí misma, disminuyendo las fuerzas que necesitaba contra los romanos y soplando la tea de la discordia que con la desunion habia de abrir el paso y preparar el triunfo á sus contrarios; tal era el estado de Judéa. En lo general del imperio romano, sucedian tambien mudanzas y catástrofes de mucho tamaño. El brazo de la Justicia Divina descargó el golpe sobre el sanguinario Neron; rebeláronse le los bárbaros del Norte; rebelósele España; el ejército de

Germania proclamó á Rufo por emperador; sus guardias mismas lo abandonaron en Nápoles; y el senado le declaró enemigo del Estado. Tal conjunto de males lo guió á la desesperacion, y se mató á sí mismo, librando por su mano al mundo de un monstruo de crueldad, que ha dejado su nombre para perpetua execracion. Siguióse á este suceso la anarquía: cada ejército romano proclamaba su emperador, y estos subian al trono, y bajaban al suplicio, con la celeridad del viento. Finalmente, el ejército de Judéa proclamó emperador á Vespasiano; y éste, por su grande alma y singulares prendas reunió la opinion de todo el imperio, y partió á Roma, encargando á su hijo Tito el sitio de Jerusalen.

Tito vino á acamparse á menos de una legua de la ciudad: su ejército se componia de cuatro legiones romanas y de las tropas auxiliares de los reyes vecinos. Gozando de un talento y disposicion militar poco comun, pero mas que esto, hallándose socorrido de las luces que le prestaba la Providencia divina, de la que era todo este negocio, Tito tomó tan bien sus posiciones que cerró á los sitiados todos los caminos por donde pudieran, ó recibir víveres, ó descargarse de gente consumidora, de la que habia en la ciudad una gran multitud, por los muchos judíos que habian venido de todas partes á Jerusalen á la fiesta de Pascua, en cuyos dias fué planteado el sitio. Esta circunstancia hizo que se consumiesen mas pronto las provisiones de boca que habia en la ciudad, de modo que en breve tiempo vino á hacerse el hambre uno de los mas crueles instrumentos con que la ira del Señor devoraba á aquel pueblo; tanto, que hubo madre que llegase á comerse á su hijo, matándolo de propósito y asando sus carnes para el efecto; y si esto hizo

una madre con su propio hijo, bien se deja ver cuán numerosos serian los casos de esta especie entre personas que no tenían el interés y el amor de una madre.

A la hambre agregóse la peste, y á ambas la guerra intestina entre los partidos, que de muros adentro se daban frecuentes y sangrientos combates, ó bien se mataban unos á otros en las reuniones con pequeños puñales; de modo que era tanta la mortandad, que no bastando á la sepultura de los cadáveres los lugares destinados á ella, los metian en las casas vacias, y cuando estaban ya llenas de muertos las cerraban.

Entre tanto avanzaban los sitiadores sus trabajos, apoderándose del primero y segundo recinto, y llegando hasta el tercero en que estaba la torre Antonia, que les hizo una resistencia furiosa. Dentro de la ciudad, uno de los partidos que estaba apoderado del templo y tenia por gefe á uno llamado Eleazaro, abrió las puertas del templo el día de los ázimos; y aprovechándose de esta circunstancia Juan de Giscala, gefe de otro partido, atacó el templo y se apoderó de él, pasando á degüello á sus contrarios, quedando desde entonces solo dos partidos que estaban de comun acuerdo en hacer resistencia á los romanos.

Por esta causa vino á hacerse mas cruel y sangrienta la guerra en los recintos, y los combates mas repetidos, disputándose palmo á palmo el terreno; pues los judíos, en el colmo de la desesperacion, no trataban mas que de morir matando, y ni la sangre, ni el incendio, ni la muerte que los rodeaba por todas partes, contenia su furor ó movia su insensibilidad. Los romanos trabajaban con su acostumbrado teson: la ciudad estaba completamente circunvalada, de modo que uno solo no podia salir de ella.

Al fin, Tito se apoderó de la torre Antonia y la arruinó, adelantándose luego hasta el templo mismo, cuyos recintos atacó muchas veces. En el último, logró poner fuego á sus puertas, mandando, sin embargo, conservar el cuerpo del edificio; pero un soldado romano, movido sin duda de lo alto, tomó un tizon, y haciéndose levantar por sus compañeros, lo arrojó á uno de los alojamientos que caian al templo. El fuego tomó cuerpo al instante, penetró á lo interior del templo, y en pocas horas lo consumió todo. Ocupada la ciudad alta, no hubo ya fuerzas que pudiesen resistir á las armas romanas: entraron estas á sangre y fuego, y devoraron hombres, mugeres y niños, siendo el total de los que murieron durante el sitio por hambre, peste y armas, un millon y cien mil habitantes; noventa y siete mil judíos fueron vendidos en Roma como esclavos, despues de haber servido al triunfo del vencedor. Juan Giscala y Simon, gefes de los partidos, iban atados con cadenas ante el carro triunfal. El sitio de Jerusalem duró poco mas de seis meses, y Tito declaró que este suceso no era obra suya, que una mano invisible lo movia y sostenia su empresa, y que él conocia no haber sido mas que un instrumento de la venganza divina.

P. Espantosa catástrofe, y digno castigo del pueblo Deicida; pero en el que seguramente no serian envueltos los cristianos que habian formado la Iglesia de Jerusalem.

R. Así fué en realidad: cuando se aproximaba el sitio, los cristianos, que estaban bien instruidos por la profecía de Jesucristo de lo que iba á venir sobre la ciudad, salieron de ella y se retiraron á la pequeña poblacion de Peya, situada en medio de los montes de Siria, obediendo en esto el consejo ó disposicion del Salvador, que

así lo había ordenado cuando predijo la destrucción del templo. Esto sirvió de ejemplo á algunos de los mismos judíos, que también huyeron á tiempo de la ciudad. Sobre esta se cumplió perfectamente la predicción del Salvador, pues Tito hizo demoler las ruinas del templo y la ciudad, que habían quedado después del incendio; en términos de pasar el arado sobre el sitio en que existía tan grande y populosa ciudad, dejando solo tres torres y un trecho de muralla por monumento de aquella catástrofe.

P. ¿Qué fué del resto del pueblo judío que existía en otras poblaciones de Judéa?

R. Atacadas estas por los romanos, pereció la mayor parte, del mismo modo que en Jerusalem, y el resto huyó y se dispersó por el mundo, como vemos que está hoy día después de mil ochocientos años, poco menos. La guerra toda de Judéa duró cuatro años.

P. ¿Con la ruina de Jerusalem y exterminio del pueblo, calmaria en mucha parte la persecucion de los cristianos?

R. Es cierto que durante las guerras de Judéa y del imperio, y mientras tuvieron este Vespasiano y Tito, hombres amigos de la humanidad y de almas generosas, gozaron de reposo y sosiego los cristianos; pero apenas entró al imperio Domiciano, hermano y sucesor de Tito, suscitó contra ellos una de las persecuciones mas generalizadas y mas crueles que padecieron. Dios había revelado á sus siervos esta persecucion antes que sucediese, para que se preparasen á padecerla. El ódio que Domiciano había concebido contra los cristianos, le hizo sacrificar á las personas mas distinguidas de Roma, y aun á sus parientes los mas cercanos: entre estos se cuenta al cónsul Flavio Cle-

mente y su muger Domitila: á dos de sus domésticos llamados Nereo y Aquileo; y fué también en esta persecucion que padeció el mártirio San Juan Evangelista del modo que hemos dicho ya: libertado de la muerte por un milagro patente el Evangelista, fué desterrado por Domiciano á la Isla de Pathmos, donde escribió el Apocalipsis que allí mismo le fué revelado.

P. ¿Murió San Juan en su destierro?

R. No; porque habiendo el senado de Roma anulado los decretos de Domiciano á su muerte, pudo San Juan volverse ya á Efeso, donde escribió su Evangelio, y desde donde gobernó todas las iglesias de la Asia hasta su muerte.

P. ¿A qué edad llegaba San Juan cuando volvió de su destierro?

R. A noventa años; pero esta avanzada ancianidad no le impedía visitar las provincias cercanas, para ordenar obispos y para formar y establecer nuevas iglesias.

P. ¿Qué suceso lastimoso en la Iglesia vino á cerrar el primer siglo?

R. Una division escandalosa acaecida en la Iglesia de Corinto, que pudo tomar mucho mayor cuerpo; pero que terminó en breve por el celo y solicitud del Papa San Clemente, que escribió á aquella Iglesia una carta admirable, con que la puso en paz.

P. ¿Quiénes precedieron á este santo Papa en el gobierno de la Iglesia?

R. El inmediato sucesor de San Pedro fué San Lino, y á este siguió San Cleto. El primero gobernó la Iglesia once años largos, en cuyo tiempo erigió obispos y presbíteros: su santidad fué admirable: arrojaba á los demonios, y obraba grandes milagros, volviendo á la vida á algunos

mueritos. Escribió los hechos del apóstol San Pedro, y terminó su pontificado con la corona del martirio, siéndole cortada la cabeza por mandato de Saturnino. San Cleto ó Anacleto duró en el pontificado algo mas de doce años: decretó que la consagracion de un obispo se hiciese por tres obispos, y que los clérigos fuesen ordenados públicamente por su propio obispo. Ordenó tambien algunos obispos y presbíteros, y fué coronado del martirio. San Clemente es el mismo de quien habla San Pablo en su epístola á los Filipenses. Habia conocido á los apóstoles, y empleó toda su vida en seguir sus preceptos é imitar sus ejemplos. La Iglesia le numera entre los mártires, é inserta su nombre, así como los de San Lino y San Cleto, en el cánón de la misa.

P. ¿Qué otros santos célebres produjo la Iglesia en este primer siglo á mas de los apóstoles, papas y mártires referidos?

R. Los santos Lázaro, Magdalena y Marta, que son bien conocidos, las santas Petronila y Tecla vírgenes mártires, y otros que seria largo referir.

P. ¿Quién sucedió á Domiciano en el imperio?

R. Nerva, hombre de poco espíritu: reinó solo dos años, en cuyo tiempo dió algunos buenos decretos, siendo la mejor de sus disposiciones la de haber adoptado á Trajano, y designádolo para que le sucediese en el imperio; pues Trajano, que era español, y hombre de mucho espíritu, llevó el imperio á un grado muy alto de gloria y de poder, ya por sus buenas disposiciones militares como hombre práctico en el arte de la guerra, y ya por su política, que no dieron menos lustre y engrandecimiento al imperio.

P. ¿Un hombre de la sabiduría, prudencia, buen go-

bierno y bondad de corazon, como era Trajano, haria muchos bienes á los cristianos?

R. Nada de eso: su bondad consistia en la generosidad de su alma, en sus raros talentos, y en algunas virtudes cívicas y morales, hijas de la buena educacion; pero que nada valen ni alcanzan sin la luz de la fé y el espíritu de la caridad. Trajano era gentil, y no veía en los cristianos sino á los destructores del culto idolátrico, y como á tales los contemplaba dignos de reprension y de castigo. Así es que aunque no fulminó contra ellos nuevo edicto, sí activó su persecucion en muchas partes del imperio, y por sí mismo condenó á no pocos.

P. ¿Quiénes fueron los mas ilustres de los mártires hechos por la obstinacion y crueldad de Trajano?

R. San Simon obispo, á la edad de ciento veinte años: era descendiente de la raza de David, pariente muy cercano del Salvador. Se le condenó á ser crucificado, y tuvo la gloria de dar su vida por Jesucristo, muriendo en la cruz como su divino maestro. Otro fué el grande obispo de Antioquía, Ignacio, á quien el mismo Trajano hizo el interrogatorio en que confesó á Jesucristo con extraordinario valor y con un fervor edificantísimo, conservándose en él hasta morir devorado por las fieras en el anfiteatro de Roma, suplicio á que lo habia condenado Trajano. En el largo viage de tierra y mar que hubo de hacer el santo obispo desde Antioquía hasta Roma, escribió varias epístolas á las Iglesias de Asia, Grecia y Roma, en que alentándolas á padecer por Jesucristo las confirma en la fé y en la piedad, y les manifiesta el sumo gozo de que estaba poseido, al verse condenado á las fieras por la gloria de Dios y la defensa de la religion.